

¿QUIÉN DICES QUE ES..., ÉSE...?

Francisco Miguel Cubero Lorón

Image not found.

Capítulo 1

¿Quién dices que es, ése...?

Habían quedado en reunirse los cinco amigos, como cada tarde, a tomar el café en el bar del pueblo al que siempre iban desde hacía..., bueno, varios años. Allí se veían..., veían..., y eran vistos.

Nunca hablaban de cosas trascendentes. Un poco del campo, poco, porque ya estaban jubilados de la agricultura, algo de fútbol, mucho de los convecinos que conocían de toda la vida, un poco de la tele, y anécdotas nuevas o antiguas, que les gustaba recordar. Aunque lo que daba realce dentro del grupo eran, las novedades. Si llevabas una que fuera graciosa, chocante o muy fuera de lo normal, tenías asegurado lo de ser centro de atención del resto.

Estaban cuatro ya, que se estaban tomando sus cafés y faltaba José-Manuel, que parece que se retrasaba.

"No, que ya está aquí", dijo uno cuando lo vio entrar. "¿Qué vas a tomar?", le preguntó cuando se incorporó al grupo.

"Lo de siempre: un café solo", dijo. Y añadió: "¿A que no sabéis a quién me he encontrado esta mañana...?". Todos callaron para que les dijera a quién se había encontrado.

"Al Amancio. Jodo si hacía tiempo que no le veía", y sonrió satisfecho recordando la alegría que se había llevado, debía de ser, con el encuentro.

"Al Amancio..., ¿a qué Amancio?", le preguntó uno de ellos, que no caía, así, sólo por el nombre.

"Coño..., al Amancio, joder..., ¿no sabéis quién os digo...?", les preguntó José-Manuel, extrañado.

"Ah..., Amancio, ¿el de la señora Manuela...?", apuntó otro que creía que ya lo tenía localizado.

"¿Qué señora Manuela?", preguntaba ahora José-Manuel, despistado.

"Joder..., qué señora Manuela va a ser: la de la fonda", terció uno que iba saltando con la vista, de cara en cara, según iban hablando.

"¿Cómo va a ser la de la fonda, si la de la fonda tendría ahora, de no haberse muerto, igual... 105 años. Era mayor que mi madre unos 15 años más...", y el que habló, los miró como pensando que era tonto el que lo había afirmado.

"Pero tú hablas..., de la fonda que había donde ahora está la farmacia nueva, ¿no?. Porque la otra fonda estaba, bueno, y está, justo en la calle El Rincón", dudaba ya, José-Manuel.

"No, hombre, no..., lo que tú dices es el hostel. Eso es hostel, y no fonda", matizó uno que aún no había metido baza.

"Esperad un momento: ¿queréis otra ronda?". El camarero y el que había preguntado, esperaban la respuesta de los otros, que aún dilucidaban si era fonda u hostel. Como no decían nada, se volvió hacia el camarero, se encogió de hombros y le dijo: "Pon otra ronda de lo mismo, Mario. Si no, que hubieran estado atentos a lo que se les preguntaba". A Mario, que le importaba tres cojones lo de que si deberían de haber estado atentos o no, otra ronda de lo mismo que les cascó sobre el mostrador.

"Que noooo..., que tú me estás hablando de su hermana, de la señora Fulgencia, la que estaba casada con el del Servicio Nacional del Trigo, que aún vive el hombre, por cierto...", aclaró otro.

"¿Y tú..., cómo lo sabes?", preguntó José-Manuel.

"Coño que cómo lo sé: pues porque fuimos vecinos..., casi 20 años. ¿O no te acuerdas, que venías a jugar a mi calle, y estaban ellos sentados siempre a la fresca, en verano cuando se bajaba ya el sol?", y se encaró con él, por dudar de su palabra.

"No lo sé..., no te digo que no, perdona, chico", le dijo con humildad.

"Los cafés, que se van a enfriar...", les indicó el que había pedido la ronda.

"¿Pero quién ha pedido otra vez cafés...? Yo me hubiera tomado mejor una tónica, que tengo más sed, que otra cosa", protestó uno.

"Pues haber estado atento, que yo, os lo he preguntado. ¿Es así, o no es así, Mario?". Y Mario sonrió, moviendo la cabeza afirmativamente.

"Pues no me he dado cuenta, porque de haberme dado cuenta, me habría pedido una tónica, que tengo sed", insistió el mismo.

"Ponte hielo. Que te ponga Mario unos cubitos. Fíjate qué fácil" (le faltó

decirle a éste, también, "que pareces tonto").

"Bueno..., sí..., ponme un par de cubitos, anda Mario, haz el favor...". Le dijo al camarero que, solícito, le cambió el vaso pequeño por uno de tubo, incluyendo en él, tres cubitos. Cuando el que se lo tenía que tomar, vio que eran tres cubitos, dijo:

"¿No serán muchos...?"

"Qué coño van a ser muchos, con el calor que hace. ¿No tenías sed...? Pues cuando se derritan, más líquido tendrás, que es que eres tonto. Y te va a cobrar lo mismo, por dos, que por tres", aseguró ufano.

"Bien mirado..., tienes razón", dijo para dejar zanjado el asunto de los cubitos. Mientras éstos trataban el tema de los hielos, los otros seguían a lo suyo que, era, aclararse.

"Vamos a ver si nos aclaramos: ese Amancio al que te refieres, ya me parece que sé quién es. Ése, fíjate bien, era el que festejó, de crianzón, con la María-Pilar Farrués. ¿A que sí?", le dijo mirando convencido, a los ojos de José-Manuel.

"¡Hálaaa..., con la María-Pilar Farrués. Os estáis armando, la picha, un lío. La María-Pilar, festejó con Prudencio, no con ningún Amancio", les dijo uno que estaba jugando a las cartas, pero que les escuchaba también, y terció en la conversación.

"Pero ese Prudencio es..., Prudencio Marcos, no confundir con Prudencio el de la gasolinera... ¿No sé casó con una de Casajuán de Vélez, y se fueron a vivir a Barcelona?", preguntó uno, a los que estaban jugando a las cartas.

"Sí, al final se casó con la de Casajuán, sí, pero antes, festejó con la María-Pilar Farrués, que una cosa no quita la otra. Y el otro Prudencio, el de la gasolinera, fue el que murió en unas fiestas de aquí, que le pilló la vaquilla, por saltar al ruedo. Yo, no soy partidario de las vaquillas. Por mí, las prohibiría todas, fijaos lo que os digo. Eso no es, más que para perjuicio. Y lo digo aquí, y en Lima, si hace falta. Pero la gente, si les quitas las vaquillas, parece que no tienen fiestas. ¡Arrastro!", dijo al final, volviendo al juego.

"La plaza de toros, la montaban siempre en la era del señor Manuel "Pañales", y era desde donde mejor se veían. Lo malo era que las ferias las ponían en la otra punta del pueblo y estabas toda la tarde, de aquí para allá. Pero el emplazamiento era, el mejor ¿O, no?" y miró ése a todos, retándoles que dijeran lo contrario.

"Y a ese señor... ¿por qué le llamaban "Pañales", si esa familia siempre les decían "Los Barruntos"?", preguntó uno por curiosidad.

"Pues porque se cagaba encima, que tenía el culo flojo, de un tiro que le dieron en la guerra. Qué casualidad, que se sale de la trinchera a cagar, y justo le pegan un tiro, en el ojete. Y desde entonces, siempre tenía que llevar unos pañales hechos de trapos viejos o periódicos. Pero el mote de la familia, de siempre..., "Los Barruntos". Y dicen que era porque el abuelo del señor "Pañales", cuando le preguntaban si iba a llover o a hacer frío, siempre contestaba: "Pues barrunto..., que sí. O que no. O lo que fuera. Barrunto arriba, y barrunto abajo. Y se quedó con "Barruntos" y, ya, todos "Los Barruntos". Menos el "Pañales", por sus circunstancias especiales, en este caso. Pero los hijos del señor "Pañales", siguieron siendo "Los Barruntos". Menos mal".

"¡Chicos..., que tenéis aquí otros cafés, que ha puesto Mario, mirad a ver!", advirtió uno que vio los cafés puestos en la barra.

"Pues yo, me hubiera tomado más a gusto, una tónica, que tengo más sed, que otra cosa. Ponme al menos, unos cubitos, como en el otro café", se quejó amargamente el mismo de antes. "Qué hartura de café, madre mía...".

"¡Qué fiestas las de entonces... ¿eh? Igualico que las de ahora. Ahora, es que la gente joven..., si no sabe divertirse. Antes, cuando hacíamos la guerra del agua, ¿os acordáis...?, allí todos, junto a la fuente de la plaza de España, hala, con los cubos aquéllos de hojalata, a ponernos perdidos de agua, y sin gastar ni una peseta ni media. Cómo la gozábamos los jóvenes. ¿Y ahora...? Si les quitas los móviles, ya no saben qué hacer. ¿Y los concursos de pedos? Más barato que eso...", dijo riendo otro de la mesa de cartas, recordando nostálgico los buenos tiempos.

"Pero..., al final, que nos hemos ido del tema..., ¿qué te ha dicho el Amancio ése, cuando le has visto?", le preguntó uno a José-Manuel, por concretar.

"¿Qué Amancio...?", preguntó extrañado este último.

"Pues el que has dicho tú que te habías encontrado...", aclaró el otro.

"No he dicho Amancio, yo he hablado de Venancio, y que hacía mucho tiempo que no le veía, nada más", dijo José-Manuel.

"Anda..., cáscatela. Chicos: ahora me sale con que no nos ha dicho que se había encontrado con el tal Amancio, sino con uno que se llama Venancio, que en su casa lo conocerán", e hizo un gesto con la cabeza indicando a José-Manuel, como queriendo decirles al resto, que a él se la

iba a pegar.

"Hombre, pues yo sí que sé quién es ese Venancio, si es el mismo que yo digo", dijo Mario, el camarero. Y todos, se giraron a mirar al que estaba tras la barra, secando vasos, y quedaron expectantes ante lo que pudiera saber.

"Ése, vivía, si no me equivoco, junto a la casa que tenía Bernardo, el que criaba terneros, y que tenía su granja más para allá del huerto del Alonso, el marido de Alicia Paricio, la hija del alguacil", les dijo.

"Pues como no nos des más datos..., no caigo. Porque que yo recuerde, el huerto del Alonso, el que tú dices y al que le llamábamos "Tresgüevos"..., sí que tenía el huerto por esa zona, pero que hubiera una granja cerca..., no me suena. Y menos, de terneros. ¿No sería de cerdos...? Mira que me acordaría porque pasaba por ese camino muchas veces y, yo, no oía más que los gritos de los cochinos cuando los cargaban en el camión del "Matadero del Jalón", que venía muchas veces. Que era rojo y con las letras pintadas en purpurina dorada, que no pegaban nada, para ser un matadero, y de los más corrienticos que había por todos estos pueblos. ¿A qué fin, en letras doradas...? Aunque, conociendo al dueño del matadero ése, Ramón Ramiro ("R que R", le decían), y yo le conocí haciendo la mili en Zaragoza: era un simple soldado pero..., ya era muy echado palante. Mandaba más que el coronel. Di, que no le hacíamos caso los demás soldados. Se ve que las tocaba, porque cuando los demás fumábamos "Celtas", y gracias..., él, ya fumaba "Lucky Strike". Y es que los cerdos, han tenido épocas muy buenas. Para una buena época de terneros..., los cerdos tenían cinco.

Pero como todos empezaron a ponerse granjas y más granjas de cerdos..., pues al final, lo que pasa, que el precio de los cerdos se hundió y, más de uno, se arruinó con esos bichos. El afán del dinero: cuando te pasas de la raya..., al pozo. Y no hay más. No me lo digáis a mí, que sé lo que pasa".

Y el que esto decía, acabó de hablar, y se recolocó la chaquetilla fina ("rebequita", la llamaba su mujer cuando le recordaba que la cogiera, al tiempo de irse) bien centrada sobre el hombro derecho, se subió el pantalón orientando la hebilla respecto al centro de su tripa: más o menos, por donde le quedaba el ombligo. Levantó la vista y miró a todos, a ver cómo se les había quedado el cuerpo tras sus puntualizaciones.

"Yo no estoy en contra de la ley de la oferta y la demanda, porque cuando el gobierno la pone, será por algo. Pero sería más lógico que cuando uno monta, pues eso, un negocio, tendría que ser con algo de certidumbre sobre los precios de venta, a terceros. El ejemplo que has puesto tú, sobre lo que cíclicamente pasaba con el valor de mercado del cerdo, es paradigmático. Y si no es así... ¿para qué está, pues, el

gobierno? ¿sólo para hacer carreteras...? Y si no..., leeros..., leeros el libro ese de "Teoría general del empleo, el interés y el dinero", de Keynes, y habla... pero que muy claro, de la demanda agregada. O sea, que no es que me lo invente yo, que Keynes ya lo decía: es el gobierno el que tiene que decir a cuánto se tienen que vender los cerdos. Porque el cerdo es la base de la economía.

Ahora..., si todo quisqui, se va a poder poner una granja de cerdos, sin un estudio previo del mercado y sus variables..., pues entonces, apaga y vámonos. Y Keynes... un matraco, ¿o qué?". El que había hablado era Ramón, que era muy metódico y, cada acto que hacía, era basándose en los principios científicos que estaban ya fehacientemente comprobados. Y si tenía dudas, se contenía.

"Sí, pero que el del matadero ése..., las tocaba ¿no...?: pues eso", dijo uno para romper el silencio que se había creado alrededor de las teorías keynesianas que lo impregnaban todo.

"En total, José-Manuel: que estamos como estábamos en cuanto a quién era ese Venancio que te encontraste, y lo que te dijo", se quejó uno que quería salir de dudas.

"Pues que vive en Sevilla, me dijo", zanjando tanta duda José-Manuel, con esa explicación.

"¿Y...?", dijo uno que, como los demás, esperaban más datos mientras aclaraban quién era el Venancio ése.

"Pues nada más, que vivía en Sevilla", insistió José-Manuel.

"Já...", dijo uno en tono más alto. Y todos se volvieron buscando una explicación a tanta palabrería. Y, ése, volvió a la carga:

"Já..., já... y, já. Ahora caigo quién es el pajarito ése. "Es que vivo en Sevilla...", como si fuera de casualidad. Porque ése..., no es que su mujer sea de Sevilla, no, que es de Fuentes de Ebro. Lo correcto sería que viviera en Fuentes de Ebro pero..., no señor: vive en Sevilla. ¿Y por qué vive en Sevilla, el bueno del Venancio..., eh?", y les retó a que ataran cabos, antes de hablar. Pero como no sabían ni quién era el Venancio, ni porqué vivía en Sevilla pudiendo vivir en Fuentes de Ebro, sin que hubiera comparación entre ambas poblaciones..., se callaron.

"Claro..., claro..., el Venancio, el famoso Venancio, el hijo de la "Tía Aujerada", que le decían a su madre. ¿De verdad que no sabéis quién es...? Vamos a ver por donde empiezo... Sí, éste, tenía un cuñado, Ramiro Mirón ("el Bocas", le decían en su pueblo) que vino de Fuentes de Ebro también, y se estableció aquí para montar una oficina bancaria, pero por su cuenta, como quien montaba un Spar en aquellos tiempos. "Banca

Ramiro Mirón", se llamaba, que tampoco se mató mucho la cabeza para el nombre comercial. Y comenzó a ofrecer un interés del 15%, en los plazos fijos. Así que mucha gente se pasó a él, porque además, metió al Venancio que era la garantía de que la banca ésa, estaba constituida por gente seria y formal. Y como el Ramiro, tenía estudios hasta 4º de Bachiller, pues se especializó en la venta de hedge funds, como producto estrella, y se les quitaban de las manos. Tanto..., que se estrellaron.

Total, que como todo aquél tinglado era una estafa ideada por el cuñado y, el Venancio, sólo un colaborador necesario..., a Ramiro Mirón le cayeron 10 años de cárcel, y 5 años al Venancio, que cumplió en la cárcel de Sevilla. Le ofrecieron ir a la cárcel de Zaragoza, o a la de Sevilla. Y eligió Sevilla... "por ver mundo". Igual se pensaba que los llevaban, en temporada baja, de aquí para allá, como a los del Inerso. Y ya, al salir, pues se quedó a vivir allí, para no volver ni aquí, ni a Fuentes de Ebro. Mira tú por dónde", dijo el que era como la Wikipedia del pueblo.

"Oye, yo, como no sabía ni quién era..., pues me lo han presentado: aquí el Venancio, aquí José-Manuel, encantado de conocerte y, ya, pues hemos quedado como amigos de toda la vida, tú por tú. Así que me he alegrado, la verdad sea dicha, porque es que trasciende muy buenas maneras. Se ve que ahora colabora con varias ONG's, de forma altruista, me ha dicho, llevando la contabilidad de las mismas. Que se habrá reformado y querrá resarcir de esa manera a la sociedad, el daño que cometió en el pasado. Me ha pedido de colaborar, y como lleva 7 ONG's, que me lo ha dicho el mozo en confianza, pues le he dado 140€. 20€, para cada una: qué menos", dijo orgulloso José-Manuel.

"¡Marchando otra ronda de cafés y una tónica para el caballero...!", dijo Mario advirtiendo a todos que alguien había pedido cafés para todos, menos para uno.

"Vaya, ahora que no quería tónica, porque prefería mejor un café, me cascáis la puta tónica. Llevo la tripa llena de líquido y gas", dijo el de las tónicas, como un reproche para el camarero.

"Oye..., a mí, lo que me han pedido, he puesto", se excusó Mario.

"Pues dicen que la tónica, da cáncer de estómago", dijo uno de éstos que lo veía siempre todo negro.

"Y la Coca-Cola..., la leche..., el agua mineral..., el zumo de tomate..., ahora, todo produce el cáncer. ¿Y quién dice eso?", dijo otro de éstos que no hacen caso a los consejos que, apuntando en todas direcciones, salen por la televisión.

"Ah..., no sé..., en algún sitio lo he oído yo. Desde luego, el otro día lo estaban hablando unos, en el bar del Antonio, y cuando lo decían..., no

sería por decir. ¿Acaso sabes tú lo que le ponen a la tónica? Química, y más química, como al vino. Ahora, todos los vinos parecen que vayan de uniforme: 12º, o 12,5º, y de ahí, no salen. Todo química, si no..., a ver. Mira los de antes que hacíamos en casa: de 17º o 18º, no bajaba ninguno. Eso eran vinos", sentenció otro.

"Pues a mí, la que me gusta cómo habla, es la presentadora ésa, o periodista, no lo sé, que sale en la cadena esa..., que dice las cosas tan bien. Sabe y, además, es guapa", habló otro por cambiar de conversación.

"¿Qué periodista..., la que salen siempre dos juntas, que hace poco estaba de baja porque había sido madre...? Bueno..., ya sabes quién te digo, ¿no...?"

"No, no digo ésa, que ya sé a quién te refieres. Ésa, es la mujer del otro periodista que sale por las tardes, hablando de política..., joder..., no me sale el nombre. Pues esos dos, la que dices que ha sido madre, y el periodista que yo digo, deben de estar..., ya sabes...", y al decir esta parte final, juntaba y separaba los dedos índices extendidos de cada mano, y le guiñaba el ojo al otro, porque ahí..., tenía que haber gato encerrado. "¿No ves que ahora todo vale...?", terminó la frase.

Ahora, uno de los amigos, se acercó al oído de otro de ellos y muy bajito, le preguntó:

"Por cierto..., este chico, Mario, el camarero, que lleva ya un par de años en este bar..., ¿de quién es familia...?, porque no sé nada de él".

"¿Mario? Éste es sobrino de Bartolo, el que lo llevaba antes pero, cuando le dio la embolia tuvo que dejarlo. Y primero lo llevó su hijo, Raúl, el que está ahora de maestro en una escuela de Calatayud, una que se ve cuando vas por la carretera general, camino de Madrid, que tiene la fachada de color amarillo y blanco. Sí que la habrás visto al pasar, sí, pero no te acordarás.

Pues eso, como su vocación era la de maestro, al final, cuando le salió plaza, dejó el bar y lo llevó, entonces, Merche, la hija de la Pascuala, una revolvedora de mucho cuidado, bueno, ya la conociste. Me refiero a la hija, lo de revolvedora, que la madre no, que era muy buena moza. Pero la hija..., pues le salió así.

Pero la Merche se cansó, porque el bar es muy esclavo, y lo dejó. Afortunadamente. Así que como Mario era primo de ella, y sobrino de Bartolo, y estaba en el paro..., pues lo cogió él, y hasta ahora. Hala..., ¿quieres otro café, o qué?", le preguntó después del asesoramiento.

"No, gracias. Si acaso, que me ponga un tónica, que parece que con tanto hablar, se me ha secado la garganta".

"Mario, anda, haz el favor: ponnos un café a mí, y una tónica para éste", dijo el otro dirigiéndose al camarero.

"Ahora que has nombrado a la Pascuala..., no te creas que esa mujer no las pasó putas cuando se quedó viuda del Florencio, el que tuvo la autoescuela en la calle Bosque Bajo, al lado de la frutería. Aunque, antes, aquello era un local donde encerraba el carro, Antón el de Falange. Luego ya fue, frutería. Bueno, pues como trabajaba todo sin factura con los alumnos, que es muy bonito eso..., pues cuando el Florencio falleció... ¿sabes qué pasó...?: pues que a la Pascuala no le quedó nada de pensión. Claro que... no cotizando a la Seguridad Social todo lo que ganas te queda limpio pero..., y después ¿qué..., eh? Pues el después fue que..., a fregar escaleras por las casas. Ella, se quedó muy indignada con el marido, y lo nombraba muchas veces, aunque estuviera muerto hacía muchos años. Y ninguna, para bien. Eso, no se hace.

¡Ooooóh...!, chico: qué buena me sabe la tónica, cuando tengo sed. No sé si traerá cáncer o no, pero me sabe a gloria. Y luego es que como tengo tantas dificultades para digerir la comida, pues el gas, me hace eructar y me quedo como nuevo", dijo mirando cómo los cubitos flotaban en la tónica.

"A todo esto..., pero ese Amancio que ha nombrado José-Manuel..., ¿ya habéis averiguado quién es, o qué? Porque yo no me he enterado de nada. Es que, como aquí lo llevamos todo con tanto secreto, pues es muy difícil atar cabos. Y es, lo que yo digo: si te pones a explicar una cosa..., joder, da datos. Y no, que lo sueltas y te olvidas, como si los demás supiéramos de qué va la cosa. Que es que no puedo con los secretismos..., y por demás", terminó el otro medio cabreándose ya. Dio un sorbo final al café y añadió satisfecho:

"Pues el café, también está bueno. No sé cómo estará esa tónica, pero el café..., bueno-bueno. Y es que Mario, para esto, tiene buena mano. Y dentro de lo que son los bares del pueblo..., éste, económico y limpio; cuidao..., que no todos pueden decir lo mismo". Terminó con su compañero, y se dirigió a los del resto de la cuadrilla, elevando un poco la voz:

"Hala..., ¿qué..., echamos otra ronda, o qué...?". Ninguno dijo nada, y sólo hicieron un gesto de hombros que venía a decir que "haz lo que quieras". Hablar..., sólo habló, el de la tónica:

"Si vais a pedir cafés, a mí, me pedís una tónica que es lo único que me quita la sed. A todo esto... ¿sabéis que fue de Don Manuel el Cura, que lo destinaron hace dos meses a Grañén, de la noche a la mañana, y no se ha

vuelto a saber nada más, de él...? Ahí, para mí..., que tuvo que pasar algo raro, y no poca cosa. Si no..., al tiempo".

F I N